

PIERRE BOURDIEU, *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama, 2003; 213 pp.

Bourdieu se sitúa en el centro de la ciencia. En el lugar del Dios de Leibniz que tanto le gusta evocar y al que denomina campo: centro geométrico de todas las perspectivas. Como tal Dios, como tal centro, se permite el derecho de juzgar a todos los que se han pretendido científicos. Es decir, a casi todos los que por casualidades vitales o generacionales han pasado intelectual o académicamente por su lado. Aupado en tal posición y con la justificación de que se trata de transcripciones —casi no tocadas— de intervenciones orales, Bourdieu aprovecha la ocasión, producida por él mismo aun cuando facilitada por sus editores, para hacer más evidente su particular ajuste de cuentas.

La justificación para publicar esta obra parece legítima: las crecientes amenazas a la autonomía de la ciencia. Se hubiera publicado de cualquier manera, por ser Bourdieu. Incluso cuando se sospecha la existencia de un juego retórico, negado por el autor, en la ingenua creencia de un estado de independencia para la ciencia. Juego retórico inicial en el que anuncia que será descriptivo —lo que sucede en la ciencia— cuando cualquiera que haya leído una obra anterior del autor conoce su tendencia normativa. De hecho, *El oficio de científico*, como se ha traducido al español *Science de la science et réflexivité*, ocupando aquí el carácter de subtítulo, es una obra eminentemente normativa, que señala cómo debe hacerse ciencia y no sólo cómo se hace o desde qué posición se hace, como se subraya. Sobre todo, es un texto que, poniéndose el propio autor como ejemplo, nos intenta enseñar cómo debe hacerse sociología.

El motor fundamental de *El oficio de científico* es el ajuste de cuentas en el campo de la ciencia y, en general, de la intelectualidad. Un movimiento de ataque, a partir de una posición que puede considerarse privilegiada. Bourdieu fue

un maestro en esta habilidad del combate intelectual. Habilidad en la que se fue concentrando según crecía su maestría o, lo que es lo mismo, su reconocimiento general como maestro y, por lo tanto, el carácter privilegiado de su posición. Pues bien, esta obra es un capítulo más de ajuste de cuentas. Incluso, hay una sensación, creada por el autor, de que el ajuste llega hasta sí mismo. Pero nada que ver con la humildad, el arrepentimiento, el reconocimiento de errores, aun cuando alguno hay, o movimientos de defensa semejantes. Muy al contrario, son meros artificios que sirven para mantener la estrategia de ataque. Tan incorporada en Bourdieu que es de lo poco de lo que no puede dar cuenta, para cuya reflexividad se ve impotente.

Estamos ante el último libro publicado en vida de su autor, que no el último escrito, pues todavía quedan regresos a antiguas obras (*Le bal des célibataires. Crise de la société paysanne en Béarn*) y transcripciones de intervenciones orales (*Participant Objectivation*). Último curso en el gran Collège de France. El territorio donde podía considerarse el rey republicano, donde le estaba permitido hablar de todo y enfrentarse a todos. Tal vez donde se esperaban sus acusaciones. La pretendida intención de mantener la «oralidad» de la intervención es un buen argumento para que las acusaciones queden sin disimulo alguno, sin un mayor ejercicio de formalidad académica. Ello hace que el ajuste de cuentas adquiera a veces tonos que puedan parecer fuera de los cánones de respeto habitual. Se eluden rodeos y eufemismos, aun cuando estos últimos tampoco es que abundan en la obra de Bourdieu. Cuestión que, reconociémoslo, la hace más atractiva.

En esta ocasión, el ajuste de cuentas es con la sociología de la ciencia. Empieza con Bloor y Barnes, sigue con la investigación de laboratorio (Knorr, Gilbert, Mul-

kay) y desemboca en Woolgar y... Latour. Tal vez sea mala fe, pero se tiene la sensación —otra vez la sensación en un libro lleno de sensaciones— de que lo anterior es un preámbulo formal, pues algo de formalismo ha de haber, para llegar aquí. La obra de Latour y Woolgar es: nada original, falsamente radical, absurda (tras la asimilación a la obra del pedagogo Illitch), pretenciosa y escolástica, entre otros calificativos. Por supuesto, como era de esperar, Latour es el que aparece peor parado. A los anteriores adjetivos compartidos con Woolgar y por si alguien quedara sin enterarse, hay que añadir los de desinformado, desleal o apóstata del constructivismo.

Algunos de los ajustes de cuentas rozan las características de los programas televisivos «del corazón», por nombrar alguna entraña, pues parecen más directamente salidos de las entrañas, que de una mínima reflexión o autocontrol. Es el caso del realizado con Karin Knorr, a partir de los comentarios que esta investigadora hiciera de uno de los trabajos de Bourdieu ¡Qué ocurrencia, hacer una crítica a nuestro autor y lograr hacerse un nombre en la investigación social! Claro está, es que hay quienes, a pesar de llamarse científicos, desconocen realmente en el campo en el que se encuentran.

En lo que puede considerarse la segunda parte de la obra, se ponen a trabajar a todo ritmo los conceptos de *habitus* y campo. Se pone a trabajar el marco teórico de Bourdieu sobre su *habitus* de trabajo. Esta es la reflexividad que sigue a la ciencia de la ciencia: hablar desde uno mismo sobre uno mismo.

Empieza proponiendo un programa de investigación sociológica de las trayectorias científicas, de sus decisiones. Un objeto de investigación que se antoja sumamente atractivo e interesante, aun cuando en el propio texto se vislumbra un buen número de dificultades, como la tendencia de los científicos a ocultar los procesos menos eficaces o rentables, desde la perspectiva de los resultados que se presentan. Pero la segunda parte tampoco se salva del ajuste de cuentas. Por ejemplo, sigue cuando cri-

tica las artes desarrolladas en los procesos de evaluación por los menos eminentes, según criterios eminentemente científicos. Echan mano de poderes externos, institucionales, de su propio poder en el campo.

En esta segunda parte, hay un esfuerzo por aplicar a la sociología lo que se ha dicho antes de la ciencia en general. Una aplicación que se concreta en un autoanálisis ¿una especie de autoajuste de cuentas? Parece que tiene que ver más con el placer de la narración autobiográfica, que con el reconocimiento de equivocaciones derivadas de la posición en el campo en el que uno es situado. En el caso de Bourdieu, todas las condiciones biográfico-académicas-institucionales le han conducido a la decisión correcta. La que debía tomar. Elogio del sujeto con la pretensión de que no parezca que la realiza el propio sujeto elogiado. Nada de autoajuste sino ajuste de cuentas, puro y duro, con: estructuralistas, post-estructuralistas, posmodernos, radicales chic, etc. El autoajuste de cuentas pasa a ser ejemplaridad, en clave de autoajuste a las condiciones.

Los ajustes de cuentas también son positivos, incluso cuando habla de otros colegas, como el que puede deducirse de las palabras dedicadas a Passeron. También entrañable es el reconocimiento de la injusticia —personal y colectiva (profesional)— cometida con Merton. Como en las últimas obras, es un texto escrito desde las referidas entrañas. Incluso hay quien piensa que tal origen de la escritura recorre toda la obra bourdiana. Y, a lo peor, es aquí donde se encuentra buena parte de su fuerza. El atractivo estaría más en la pasión que en los conceptos, como una especie de Brel de las ciencias sociales, capaz de arrastrar seguidores por poner lo común, lo que de alguna manera todos han vivido o pensado, en tonos de pasión inalcanzables. Y si lo importante, en el campo de las ciencias sociales, fuese el tono de la pasión dominado por alguien que domina el campo, por, precisamente, arrastrarlo en las entrañas.